

TENDER LA MANO, UN CAMINO QUE TRANSITA ENTRE LA COMPASIÓN Y LA JUSTICIA

Luis Nogués Sáez*



Recibo una llamada: “la Compañía de María va a celebrar 400 años de presencia en el mundo y deseamos celebrarlo profundizando en nuestra misión educativa, nos gustaría contar con una breve colaboración tuya”. Expreso mis dudas sobre el interés de lo que puedo aportar, quedo en pensarlo.

¿Como negarme cuando algunas mujeres de la Compañía de María han sido tan importantes en determinados momentos de mi vida espiritual? Lo cierto es que siento que estamos conectados a una misma concepción de la naturaleza humana, a unos mismos ideales, a un pensamiento alternativo.

Me pongo a ello, releo una y otra vez los materiales recibidos, tomo notas, leo algo de literatura sobre el tema. No hay forma de tomar distancia de algo que en definitiva ha estructurado mi vida personal. Decido tirar por la calle de en medio: mis experiencias personales como punto de partida. La opción tiene algunos inconvenientes ya que sitúa estas reflexiones en el terreno del testimonio personal, en un tiempo y un lugar concreto.

Mi primer recuerdo es para Sor Consolación, era difícil adivinar su edad. Coincidimos treinta años después, nada en ella había cambiado, ni sus manos que seguían arrugadas y morenas, ni su redonda cara; el hábito seguía ocultando su tal vez canoso pelo. Siempre contó para su tarea educativa con la inestimable ayuda de unas finas varas que encargaba cortar de las palmeras que había en el patio. Eran tiempos duros en España, no tengo recuerdos de que los valores del régimen entrasen en el aula, y en todo caso, si alguien formalmente los adoptó, no debió ser con convicción ya que no forman parte de mi memoria. Sí recuerdo que en las escuelas cantaban el Cara al Sol y que en “las monjas” no lo hacíamos.

El recuerdo que tengo de la educación recibida esos años consta de bastante disciplina, mucho cariño, seguridad. Flores a María, pecado, estufas de gasoil, suspenso en ortografía... Pero los ingredientes principales fueron cariño y una imagen temerosa y algo triste de Dios. Una impresión resumiría este periodo, dentro de las paredes de aquel colegio-fortaleza casi todas mis necesidades encontraban satisfacción: sentimiento de seguridad.

Como dice mi niño, el “cole se me quedó pequeño”, tuve que salir de aquel recinto maternal, ¡sí maternal!, para que otra orden religiosa aceptase el encargo de mis padres. Los hermanos estaban al frente de nuestra educación, las monjas estaban para servir a Dios y a nosotros. A su cargo, la lavandería, la enfermería, la cocina, vivían en la casita que había junto a la huerta y también se encargaban de la Iglesia, sus flores, sus paños, las ropas del cura, cantar en el coro. No teníamos ningún trato con ellas.

Aquel año ganó primero C, en el corcho, una preciosa cinta de raso verde se adelantaba un palmo por delante de las demás, indicando que nuestra clase había sido la que más dinero había recogido para las misiones. Cada mañana se vaciaban las huchas de cerámica, brillantes bustos de “negritos y chinitos”, y en el recreo corríamos a ver en que puesto íbamos. Recuerdo unos primeros años en los que el temor a Dios seguía muy presente.

Un par de “Marias” nos aman apasionadamente y nos agrupan en torno al escultismo de Baden Powell, y al “Compromiso de la Acción” de Mounier. Salidas al

* **Profesor de la Escuela Universitaria de Trabajo Social, Universidad Complutense de Madrid. Asesor Técnico Área Social del Instituto de Realojamiento e Integración Social, Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio de la Comunidad de Madrid**

monte, ejercicios espirituales, enamoramientos, confesiones íntimas, misas de los grupos de la Comunidad. El temor a Dios se va desvaneciendo y poco a poco nos va penetrando un sentimiento trágico que poco tiene que ver con la religión de las buenas maneras. Sentido trágico relacionado con una figura de Jesús crucificado que nos ponía en contacto con un mundo quebrantado. Antítesis de ablandamientos y optimismos infantiles, pero a su vez, alejado de la desesperanza que niega y rechaza.

¿Y la acción?, la Comunidad de la que formábamos parte era diversa, había grupos cuyos miembros estaban comprometidos en diferentes movimientos sociales de la ciudad, Auxilia, Movimiento Obrero, Asociación de disminuidos psíquicos.

Me comprometo a colaborar con Auxilia. Los lunes y miércoles cojo un autobús que me lleva a Zaramaga, un barrio obrero a las afueras de la ciudad, en la cocina me espera una niña que anda con dificultad. Hay una mesa de formica sobre la que hacemos los deberes, cuando terminamos, su mamá nos saca un bocadillo de mortadela.

Me siento contento y orgulloso, ningún tipo de complejo, ellos y yo éramos diferentes, pero nos unía el ser hijos de Dios, cada cual tenía un sitio y una misión en la vida. Además, su situación me brindaba la oportunidad de salvarme a través de mi entrega.

Matemáticas, geografía, filosofía, algo de gramática, la Guerra de las Galias de Cesar siempre se me atragantó. Pero la lección esencial era ver la vida y las cosas con ojos humanos, aprender a ser conscientes de la realidad de nuestros semejantes, ir al encuentro de un ideal de vida y un proyecto de sociedad.

Años maravillosos, llenos de ilusiones que vivíamos apasionadamente, es cierto que en ocasiones se colaban otras preocupaciones, pero enseguida se diluían.

Nuestros educadores eran sujetos concretos, con una meta clara: formar también sujetos. De ahí que su educación no fuese ni neutral ni ahistórica, sino que estuvo sellada por un fuerte componente histórico-subjetivo, tanto en quien la impartía como en los que la recibimos.

Se acerca el final de curso, todo el año ha estado rodeado de un aire de vértigo vital. Para muchos de nosotros el verano marcaba el final de una apasionante etapa. Transmisión de conocimientos objetivos, de destrezas prácticas, días llenos de amor y compasión. En lo más profundo de nuestro ser empezamos a sentir que habíamos sido creados y que a su vez éramos creadores, que un mundo mejor era posible y que dependía también de nosotros. Unos adultos como un suave manto protector estuvieron acompañando nuestros procesos de construcción personal y colectiva.

Cada cual toma su camino, si bien algunos deciden seguir juntos. Llega el momento de elegir una profesión de acuerdo con los valores adquiridos.

Definitivamente, paso de colegio mayor, aparece la posibilidad de compartir mi vida con una comunidad de religiosos que vive en un barrio del sur de la ciudad. ¿Razones religiosas, sociales, políticas? En todo caso, una decisión en línea con un proceso educativo que te ha metido en el cuerpo un impulso ético favorable a una sociedad más justa y solidaria.

En el barrio esta presente un rico, diverso y comprometido movimiento religioso, se podía llegar a pensar que la iglesia católica era un hervidero de compromiso social con los pobres, pero tal percepción no hubiese sido sino una mirada parcial. Más bien se trataba de unas minorías, significativas eso sí, que coincidiendo con el Concilio Vaticano II y con un momento histórico, pudieron contar con una cierta complicidad de algunos sectores de la Jerarquía Eclesial.

En cualquier caso, la situación reflejaba la vitalidad de unas órdenes religiosas, que como en otras tantas ocasiones, habían sido capaces de incorporarse a los cambios históricos. Seguramente, en el sentido profundo de su misión se encuentra la explicación de su capacidad de adaptación. Pero, tal vez algo tenga que ver su sentido de servicio a los más necesitados, su capacidad de trabajar codo a codo con otras

tradiciones ideológicas y, no menos importante, su alto grado de tolerancia con las visiones proféticas aportadas por los disidentes internos que nunca dejaron de surgir.

Siempre hubo nuevas y antiguas vocaciones dispuestas a brincar por encima de las paredes de los colegios y a formar pequeñas comunidades que diesen testimonio de su fe. Como consecuencia, todos los miembros de la comunidad acababan contaminándose. Los pobres dejan de ser sólo objeto de asistencia y salvación, hay que decidir de qué lado se está, perder privilegios, vivir en el conflicto, estar abiertos, vivir sensaciones imprevistas.

Tal vez no les fue fácil, no es fácil ser persona frontera, acarrea incomprendimientos, temores, reproches pero también respeto y cariño. En todo caso, conscientes de que la primera condición para poder enseñar es haber vivido y de que sólo el vínculo personal cambia las conciencias y revitaliza la vida.

El barrio se había ido conformando con los inmigrantes procedentes de un campo español sumido en la miseria. Si algo caracterizaba a sus gentes era la aspiración a mejorar su vida y la de sus hijos. Había un sentimiento de tener intereses colectivos, de que la pobreza era la causa que hacía compartir un territorio y una situación. Una cierta cultura obrera favorecía la constitución de una identidad compartida sobre la base de intereses comunes. Sí, en los barrios había familias rotas, hombres alcohólicos, enfermos mentales, no se les constituía como un grupo segregado, no se percibían como situaciones ajenas a la pobreza, no eran el fruto exclusivo de biografías individuales o familiares.

Se cuestiona la beneficencia, se habla de justicia, de derechos humanos, de solidaridad de clase. Se empieza a plantear que no se puede ayudar desde la desigualdad, que para servir al pueblo hay que renunciar a los privilegios de la clase de origen. Se abandonan estudios universitarios para trabajar en las fábricas. En definitiva, se habla de identificación con el otro.

Los acontecimientos en curso dominan los últimos compases del siglo. Es el final de una época en la que se oponían dos bloques, dos sistemas políticos y económicos, dos ideologías. En occidente ya se lleva un tiempo cuestionando el Estado de Bienestar como forma de regular el conflicto de clase. Se desarrolla un proceso de globalización de la economía que lejos de favorecer la distribución de la riqueza está produciendo una mayor concentración de poder y una gran complejidad a la hora de estructurar movimientos locales de defensa de los derechos humanos.

Poco a poco el tipo de desarrollo urbano va apartando a los pobres del camino frecuentado por la acelerada y consumista experiencia cotidiana de la ciudad. Se identifica la vida buena con aquella que se vive en una urbanización, rodeado de iguales, lejos de los que han fracasado y con un manual de buenas costumbres bajo el brazo en el que se determina con claridad qué comportamientos, qué olores, qué aspectos físicos, qué sonidos son aceptables y cuáles no. En definitiva, qué tipo de gente se hace merecedora de compartir su vida con los urbanitas.

En este contexto me toca ejercer la profesión elegida, cerca de aquéllos que por alguna razón han perdido el resuello para seguir luchando por hacerse un hueco en la sociedad de consumo y que por ese motivo han pasado a engrosar las filas de la marginación: viejos pobres, alcohólicos, locos, minusválidos, transeúntes, parados de larga duración, familias multiproblemáticas, fracasados en definitiva.

Es frecuente oír decir que la causa principal de su fracaso es la falta de esfuerzo individual, ocultando que la incertidumbre respecto al futuro reduce sus aspiraciones, el deseo de una vida mejor. Que vivir en un estado de permanente precariedad doblega, deforma el espíritu y cultiva el victimismo. Como resultado, con frecuencia los marginados son pesimistas y frustrados, resulta difícil convivir con ellos y su cercanía llega a sentirse como indeseable. De una manera casi imperceptible las mayorías van rompiendo sus lazos con esta parte de la sociedad. Algunos, serán encuadrados en el mundo de la delincuencia y otros, los más dóciles, serán objeto de la beneficencia.

No soy ajeno a las ideas y sentimientos que suelen acompañar esta dinámica general, y paso por diferentes momentos, deseo de dedicarme a otros menesteres, ejercer la profesión en claves más normativas y de control social, en definitiva, poner tierra por medio, eliminar las contradicciones que supone tender puentes desde dentro a los que se encuentran en los márgenes.

¿Cómo se debe tender la mano en circunstancias tan complejas?

Se podría pensar que al ser esta una cuestión en torno a la que ha girado gran parte de mi vida, debería tener una respuesta clara, pero lo cierto es que todavía hoy sigue generando los interrogantes que más incertidumbre me han producido a lo largo de mi trayectoria profesional y personal.

¿Son adecuados los conceptos utilizados para definir los actuales fenómenos de opresión e injusticia, o mejor, a quién sirven? ¿Cómo tender la mano desde situaciones de privilegio? ¿Qué tipo de vínculos favorecen la autonomía personal? ¿Cómo ayudar a construir el deseo de cambio personal y colectivo? ¿Cómo se deben articular la justicia y la compasión?

¿Qué papel deben cumplir las organizaciones no gubernamentales (ONG) en la transformación social?

De manera breve intento recoger por escrito algunas de las ideas con las que hoy me manejo en cada uno de estos temas. Vuelvo una y otra vez sobre lo escrito y su lectura me produce una profunda insatisfacción, tengo la sensación de que no he logrado reflejar el momento en que se encuentra mi reflexión sobre estos temas. Hace unos años esta situación me hubiera resultado angustiada, hoy pienso que tal vez lo importante es saber convivir con preguntas para las que nunca obtenemos respuestas definitivas, ya que con frecuencia son las que nos permiten mantener tensión y pasión en la acción cotidiana por un mundo mejor .

En todo caso, las preguntas han tenido diferentes respuestas a lo largo de mi trayectoria personal y profesional y con el paso del tiempo percibo que sólo cuando han estado vinculadas a situaciones particulares, sin excesivas mediaciones ideológicas y desde una conciencia trágica*, han resultado de interés. Y es que las certezas, ciegan el horizonte, merman la productividad intelectual y la capacidad creativa pierde vigor.

Madrid a 31 de agosto de 2005

* Entiendo por "conciencia trágica" la aceptación de los límites de la vida humana, la ambivalencia de nuestra acción, la textura antinómica y laberíntica del ser, la complejidad de lo humano, la inexistencia del bien puro y la imposibilidad de alcanzar la plena armonía.